

# Borges y la crítica española

La nómina de los escritos no es demasiado divertida, pero no es arbitraria es un diagrama de su historia mental.

**Borges:** «Pierre Menard, autor del Quijote»

La estancia del joven Borges en España y su activa participación en el ultraísmo hicieron que su primer libro de poemas, *Fervor de Buenos Aires*, publicado en 1923, fuera considerado inmediatamente por la crítica española del momento con un gesto generoso que tardará en repetirse. De este primer poemario se ocuparon Enrique Díez Canedo desde las páginas de *Alfar*, y un año después desde las de *España*, y Ramón Gómez de la Serna, en la *Revista de Occidente*. El primero centra su atención en el ritmo del verso, que aunque se trate de verso libre, por inspiración extranjera, tiende al endecasílabo y sus combinaciones tradicionales, cinco y siete, logrando un verso «clásico». Ramón Gómez de la Serna, después de una evocación personal de Jorge Luis y Norah Borges, señala la filiación gongorina de algunos versos: «Un Góngora más situado en las cosas que en la retórica retiembla en la copa de Borges», y aunque oblicuamente, señala la nueva visión de Buenos Aires que presenta este libro. El siguiente libro de poesía, *Luna de enfrente*, fue saludado, también desde las páginas de la *Revista de Occidente*, por su compañero en la aventura vanguardista, Guillermo de Torre. Este señala el abandono del credo vanguardista, así como las dos vertientes de su lenguaje: el español clásico y la charla porteña. Rafael Cansinos Assens, siempre admirado incondicionalmente por Borges, en su libro *La nueva literatura* (1927) le dedicó varias páginas. En las primeras traza la imagen del joven Borges ultraísta y se ocupa de sus primeros libros de poesía y del primero de ensayos, *Inquisiciones*. No puede menos que reconocer que en estos poemas se ha alejado del espíritu vanguardista y los sitúa en la tradición de Quevedo y Villarroel, y anota que «es un poeta con algo de profesor y de filósofo»<sup>1</sup>.

El primer libro de ensayos, *Inquisiciones*, mereció la atención nada menos que de Benjamín Jarnés y Pedro Henríquez Ureña. Desde las páginas de la *Revista de Occidente*, Jarnés critica la actitud «pirómana» del joven inquisidor, ya que «encenderla es oficio de otras manos». Tras pasar a un resumen favorable del contenido, elogia el estilo de su prosa juvenil, en la línea de la primera crítica; al tiempo que comenta

<sup>1</sup> Enrique Díez-Canedo, «Fervor de Buenos Aires», en *Alfar*, n.º 3 (1923), España, n.º 413 (1924). Fue recogido en el libro *Letras de América, México, El Colegio de México, 1944; aparece también en Jaime Alazraki, editor, Jorge Luis Borges, Madrid, Taurus, «El Escritor y la Crítica», 1976, págs. 21-23. Ramón Gómez de la Serna, «El fervor de Buenos Aires», *Revista de Occidente*, tomo IV, n.º 10 (abril-junio 1924), págs. 123-127 y en Alazraki, ob. cit., págs. 24-26; Guillermo de Torre, «Luna de enfrente. Poemas», *Revista de Occidente*, tomo XI (enero-marzo 1926), págs. 409-411, reproducido en Alazraki, ob. cit., págs. 32-33; Rafael Cansinos Assens, «Jorge Luis Borges», *La nueva literatura*. Tomo III. La evolución de la poesía (1917-1927). Madrid, Páez, 1927, págs. 280-302, cfr. Alazraki, ob. cit., págs. 34-45.*

que uno de sus ensayos más famosos «Menoscabo y grandeza de Quevedo», publicado con anterioridad en la *Revista de Occidente*, declarando a Borges su «nieto adoptivo». Un año más tarde, Henríquez Ureña comenta el libro en la *Revista de Filología Española*, además del elogio de las «inquisiciones» sobre Torres Villarroel y Quevedo, centra su atención en la investigación estilística de los autores tratados, hasta entonces rara en las letras hispánicas, señalando a continuación que no se queda ahí, dada su inclinación filosófica. Al hablar del estilo del joven Borges nota con exactitud que «no siempre acierta» y «es de esperar que Borges aprenda a quitar sus andamios y alcance el equilibrio y la soltura», deseo que pronto se cumplió y que coincide con la apreciación del propio Borges sobre su barroquismo estilístico inicial<sup>2</sup>.

Aunque no esté relacionado con la crítica, quizá sea de interés recordar que *La Gaceta Literaria* publicó el poema «Un patio» de *Fervor de Buenos Aires*, en 1927, dentro del número en homenaje a Góngora y un año más tarde el ensayo «El idioma de los argentinos», que da título al libro publicado en Buenos Aires ese mismo año de 1928<sup>3</sup>.

No volvemos a tener noticias de Borges hasta la importante antología de Federico de Onís, de 1934, en la que aparecen poemas de los tres libros de poesía publicados hasta entonces. Onís lo incluye en el ultraísmo y en el breve perfil que le dedica, después de resumir su trayectoria vanguardista, y señalar su conocimiento de las literaturas modernas y clásicas, insiste en su preocupación por el estilo, tanto en la poesía como en los ensayos, considerándolo «moderno y clásico a la vez, como también es argentino hasta la médula, con proyecciones universales»<sup>4</sup>.

Amado Alonso, desde Buenos Aires, fue el primero que se ocupó del primer libro de relatos de Borges, *Historia universal de la infamia* (1935). De este libro «desafortunado» destaca su «fisonomía estilística muy particular», sobre todo en su adjetivación, puesta al servicio de un también peculiar humorismo, que se basa en la unión de lo literario con lo vital, en una burla contra los convencionalismos literarios. También señala que esta prosa, basada en la economía y en la condensación, es superior a la de los libros anteriores, de modo que ya estaríamos ante un «estilo verdadero»<sup>5</sup>.

Como vemos, la primera lectura de Borges, dejando a un lado las alusiones a su etapa vanguardista, se focaliza en el estilo del joven escritor argentino; actitud que tardará varios años en volver, seducidos sus lectores por las asombrosas tramas de sus relatos. Este estilo, tanto en prosa como en poesía, tendría dos vertientes: la clásica, abundando en la filiación quevedesca que lo relaciona con la tradición literaria española, y la argentina, sobre todo la entonación orillera, que en cualquier caso, no rompería la norma. Es decir, el estilo borgiano sería una especie de continuación, no de ruptura, con la tradición literaria española. Borges, ya en 1927, en *El idioma de los argentinos*, reflexionaba sobre la supuesta oposición entre casticismo y argentinismo, que ya había enunciado someramente en «El idioma infinito», aparecido en 1925 en la revista *Proa*. Después de rechazar el lunfardo, como mera jerga gremial,

<sup>2</sup> Benjamín Jarnés, «Jorge Luis Borges: Inquisiciones (Editorial "Proa")», *Revista de Occidente*, n.º 25 (julio-sept. 1925), págs. 125-127; Pedro Henríquez Ureña, «Borges, J.L. Inquisiciones», *Revista de Filología Española*, XIII (1926), págs. 79-80. Recogido en Alazraki, ob. cit., págs. 29-31.

<sup>3</sup> *La Gaceta Literaria*, n.º 11 (1 de junio de 1927), I, pág. 63 y n.º 38 (15 de julio de 1928), I, pág. 238.

<sup>4</sup> Federico de Onís, *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, Madrid, *Revista de Filología Española*, 1934, pág. 1150.

<sup>5</sup> Amado Alonso, «Borges, narrador», *Sur*, n.º 14 (noviembre de 1935), págs. 105-115. Reproducido en Alazraki, ob. cit., págs. 46-55. Este trabajo pasó a formar parte del libro *Materia y forma en poesía*, Madrid, *Gredos*, 1955, págs. 434-449.

señala que entre el español de los españoles y el de los argentinos la única diferencia es de matiz:

matiz que es lo bastante discreto para no entorpecer la circulación total del idioma y lo bastante nítido para que en él oigamos la patria. [...] No hemos variado el sentido intrínseco de las palabras, pero sí su connotación. Esa divergencia, nula en la prosa argumentativa o en la didáctica, es grande en lo que mira a las emociones. Nuestra discusión será hispana, pero nuestro verso, nuestro humorismo, ya son de aquí<sup>6</sup>.

Borges por los años treinta, en «El escritor argentino y la tradición», al repasar las soluciones dadas al problema enunciado en el título del ensayo, dice:

Se dice que hay una tradición a la que debemos acogernos los escritores argentinos, y que esa tradición es la literatura española. [...] muchas objeciones podrían hacerse, pero basta con dos. La primera es ésta: la historia argentina puede definirse sin equivocación como un querer apartarse de España, como un voluntario distanciamiento de España. La segunda objeción es ésta: entre nosotros el placer de la literatura española, un placer que yo personalmente comparto, suele ser un gusto adquirido.

Y concluye que la tradición argentina es toda la cultura occidental<sup>7</sup>.

Después de estas apreciaciones iniciales, la obra de Borges desaparece casi por completo del panorama crítico español. Nada hay sobre él durante la década de los cuarenta; en los años cincuenta entra en la nómina del *Diccionario de la literatura española*, publicado por la Revista de Occidente, de la mano del que será su fiel divulgador durante mucho tiempo, Jorge Campos. También, desde las páginas de la revista *Insula* irá informando a los lectores españoles de las publicaciones del escritor argentino. De momento, sólo tenemos en 1958 una reseña del *Manual de zoología fantástica*, firmada por Ventura Doreste, en la que hace hincapié en la puntual, y a veces fantástica, erudición de la antología, y la considera «un inestimable tesoro», incluso superior a algunos cuentos. Del mismo año es un artículo de cierta extensión de Miguel Enguídanos sobre los cuentos<sup>8</sup>. Es sobre todo a partir de los años sesenta cuando Borges interesa a los españoles, interés que se ve propiciado por su consagración por la crítica francesa y por su visita a España en 1963. Después de esta fecha la bibliografía aumentará considerablemente, sobre todo en la década de los ochenta, contribuyendo a la creación de la biblioteca borgiana.

Aunque se salga de nuestro propósito, hay que recordar que la publicación de las obras de Borges en España a partir de los años sesenta, así como la edición y traducción de libros fundamentales sobre Borges de críticos extranjeros y su presencia en revistas especializadas, indudablemente contribuyeron de manera eficaz a la lectura de su obra, a lo que hay que sumar las páginas de divulgación de muchas publicaciones periódicas. A raíz de la concesión del premio «Miguel de Cervantes» en 1979 y después de la muerte de Borges, han aparecido libros que recogen los trabajos presentados a distintos congresos, en los que abunda la presencia de importantes críticos extranjeros, bien sobre aspectos concretos de su obra, como *España en Borges* o *Bor-*

<sup>6</sup> J.L. Borges, «El idioma de los argentinos», en J.L. Borges y J.E. Clemente, *El lenguaje de Buenos Aires*, Buenos Aires, Emecé, 1963, pág. 31. En «Las alarmas del doctor Américo Castro» (*Sur*, n.º 86, 1941) Borges volvió a ocuparse del problema, en esta ocasión de forma virulenta, al «reseñar» el libro de don A. Castro sobre La peculiaridad lingüística rioplatense; poco más tarde, Amado Alonso, en «A quienes leyeron a Jorge Luis Borges», en *Sur*, n.º 86» (*Sur*, n.º 89, págs. 79-81) salió en defensa del Instituto de Filología Hispánica de Buenos Aires, atacado duramente por Borges, estimando injusta su apreciación.

<sup>7</sup> Jorge Luis Borges, *Discusión*, en *Obras completas I (1923-1972)*, Buenos Aires, Emecé, 1989, pág. 271. Sobre esta cuestión véase Nora Catelli, «Borges y la literatura española: la analogía imposible», en *España en Borges*, Fernando Rodríguez Lafuente, coord., Madrid, El Arquero, 1990, págs. 56-59.

<sup>8</sup> Ventura Doreste, «Borges y la zoología fantástica», *Insula*, XIII, n.º 142 (sept. 1958), pág. 5; Miguel Enguídanos, «Imaginación y evasión en los cuentos de Jorge Luis Borges», *Papeles de Son Armadans*, año III, t. X, n.º 30 (sept. 1958), págs. 233-251.